

GENTILHOMBRE DE SU MAJESTAD

La operación sobre el «Monte de las minas» trae consigo el dominio de una amplia faja de terreno y abre el camino hacia un grupo de posiciones que el Ejército español tenía en sus manos antes del revés de Annual. Los cabileños van abandonando Ras Médua, Tauriat-Zag, Ras Tikermin; y las vanguardias entran en el importante campamento de Dar Dríus. Allí, contemplando el paisaje, tan propicio a una buena organización defensiva, Franco exclama: «¿Cómo es posible que los ataques de las cabilas mandadas por Abd-el-Krim no quedaran detenidos aquí?»

Con la toma de Dríus ha quedado reconquistada, prácticamente, la zona de Melilla. El salto ulterior sobre Annual e Igueriben, escenario de los desdichados sucesos del 21 de julio de 1921, vendrá por otros rumbos. La misión confiada a las tropas de socorro, en relación con Melilla y su territorio, ha quedado cumplida.

Franco ha de pensar ahora en algunos problemas personales cuya atención tiene desde hace tiempo en suspenso. Sobre todo, quiere volver activamente sobre su proyecto de boda, aplazado cuando hubo de asumir

el mando de la Primera Bandera de la Legión. ¡Cuántas cosas, cuán dignas de la vida e historia de un soldado heroico han pasado desde entonces! Ahora que las circunstancias pronostican un intermedio de calma y de relativa paz, el joven comandante tiene el propósito de ir a ver a su familia en El Ferrol, y trasladarse luego a Oviedo, en donde le aguarda el ilusionado amor de su novia.

El 16 de agosto del año 1922 recibe el Tercio la Medalla Militar colectiva. A Franco se le había propuesto, hacía meses, para la Medalla Militar individual, por los méritos contraídos durante las operaciones encaminadas a salvar la ciudad de Melilla y a reconquistar la zona de aquella Comandancia General.

El 30 de junio de 1922, la Alta Comisaría confirmó y amplió la relación de merecimientos que acompañaba a la propuesta, y decía, en una Orden: «Este jefe ejemplar es acreedor a tan señaladísima recompensa por la perseverante labor desarrollada durante la campaña de Melilla al frente de las dos Banderas del Tercio, siempre en primera línea, sabiendo inspirarles su espíritu esfor-

zado y dirigir las en todo momento con arreglo a los más estrictos preceptos de la táctica militar.»

El 27 de diciembre es destinado al Regimiento del Príncipe, de guarnición en Oviedo. Antes de partir hacia el nuevo destino, se reúnen en Dar Drius las tres Banderas de La Legión —ya se ha creado la Tercera—, y el Comandante General de Melilla impone a Franco —11 de enero de 1923— su primera Medalla Militar. Los legionarios llenan el aire de vítores en honor de su jefe.

El 17 de enero dejaba atrás las tierras orientales del Protectorado y la española ciudad de Melilla. El 26 se publica su nombramiento de Gentilhombre de Cámara del Rey.

El 21 de marzo toma posesión del mando que, como comandante, le corresponde en el Regimiento del Príncipe.

TENIENTE CORONEL.—JEFE DE LA LEGIÓN.—¡POR FIN, BODA EN OVIEDO!

Se diría que va a abrirse en la existencia de Franco un período de «dulce vida», en el sentido más directo e íntimo de la palabra. Los novios se dedican a la preparación de su ceremonia nupcial. Lo único que conturba el ánimo del comandante es que en África continúan librándose serios combates y que su Legión se ve obligada a nuevos sacrificios. Millán Astray, preferido de las balas, ha tenido que abandonar el mando superior de los legionarios porque una nueva herida le ha vaciado el ojo izquierdo. Así, manco y tuerto, quedaba reducido a la condición de gran inválido. Para sucederle fue elegido el teniente coronel don Rafael Valenzuela, soldado de gran distinción y de fuerte popularidad en el ejército por su bravura y por sus dotes de buen táctico. Pero, al poco tiempo, Valenzuela caía muerto en una de las laderas de la posición de Tizzi Assa. Sucedió esto el 7 de junio de 1923. ¡Memorable jornada aquella de Tizzi Assa! ¡Cuántos comentarios movió en los círculos políticos y periodísticos de Madrid!

La muerte del heroico Valenzuela planteaba problemas inmediatos. La Legión necesitaba un nuevo jefe, y ello, con urgencia. No cabían esperas porque la situación militar no lo consentía. ¿Quién entre los jefes, mostraba mayores merecimientos para suceder a Millán Astray y a Valenzuela?

Quizá el primero en pronunciarse sobre el nombramiento fue el rey Alfonso XIII. Aunque, en fin de cuentas, la designación no estaba sujeta a la voluntad regia, parecía natural que en sus despachos con el jefe del Gobierno y con el ministro de la Guerra expusiera su parecer. A título de tal citó, sin la menor vacilación, el nombre de Francisco Franco Bahamonde. Hubo quienes opusieron la juventud del candidato, su falta de rango en el escalafón, puesto que el mando vacante correspondía a un teniente coronel. Aseguran ciertos testimonios que el Rey insistió. Y el Gobierno resolvió que Franco ascendiera al grado superior inmediato, con lo cual se situó en condiciones de asumir la jefatura de la Legión. ¡Treinta años de edad! ¡El teniente coronel más joven!

Asegura el teniente general Franco Salgado que «de todos los mandos que Franco ha desempeñado éste fue, sin duda, el que recibió con más alegría y con verdadero cariño».

¿Y la boda? Era evidente que tendría que pedir a la novia una nueva espera, porque «la novia puede esperar, pero la Legión no». Tal fue la opinión del nuevo jefe.

El 18 de junio tomó posesión. Otra vez en África. Otra vez con sus legionarios; requerido para los combates más difíciles. Pero antes se dio en la vida de este hombre singular un episodio curioso.

Camino de Marruecos, entre Oviedo y Dar Riffien, detúvose unos días en Madrid, donde tenía que despachar asuntos relacionados con las exigencias de la campaña legionaria. Como la popularidad nacional de Franco había alcanzado cotas muy altas, sus admiradores organizaron un banquete-homenaje, que se celebró en los salones del hotel Palace. El acto fue importante. Reunieron en torno a él varios centenares de comensales. A la hora de los brindis, un sacerdote muy dado a la política y a las letras, don Basilio Álvarez, se había lanzado con gran ardor a los

vericuetos de la vida pública con aires de radicalismo y que gozaba fama de orador popular, habló para decir, entre otras cosas, la siguiente: «Pido, como gallego, al Gobierno, que si Franco encuentra en África una muerte gloriosa, su cadáver sea enterrado al lado del sepulcro del Apóstol Santiago, en Compostela, lo mismo que Valenzuela lo ha sido en Zaragoza, cerca de la Virgen del Pilar.» El tumulto que se produjo al oír lo de la «muerte gloriosa», fue indescriptible. Caían en tierras marroquíes tantos jefes, oficiales y soldados, y tenían los españoles en tanta estima los servicios de Franco a las Armas, que el «impromptu» del cura don Basilio resonó como un presagio de malandanzas, o como una voz de mal agüero. Volvió la concurrencia los ojos hacia el teniente coronel festejado y todos le vieron sonreír como si tomara el asunto a broma.

Ya en Ceuta se entregó a sus deberes con el ardor y el método tan característicos en él, según se ha dicho antes. O sea, con una energía indomable y con la paciencia de que a lo largo de su carrera había de dar pruebas indiscutibles.

A los catorce días de la incorporación estaba ya operando en el campo. Afrontó combates de consideración los días 2 y 7 de julio. No conoció reposo durante el mes de agosto. Fue protagonista brillante en el inolvidable episodio de Tifarutin. Era ésta una posición guarnecida por la segunda compañía del batallón de Isabel II, por una sección de Artillería del regimiento de Gerona, una sección de Ingenieros de Melilla y 17 soldados de la Policía indígena. Mandaba estas fuerzas, muy modestas en número, el capitán de Infantería don Pedro Rodríguez Almeida, con los tenientes don Francisco Hernández de los Mozos y don Pedro Temprano Blanco y el alférez don Rodolfo Jordán Mascaró. El alférez Cal Suárez tenía a su cargo la sección de Artillería; el alférez Topete Hernández, la de Ingenieros.

Los cabileños rebeldes sitiaban Tifarutin con unos 9.000 hombres. La defensa era problema de vida o muerte. Pero los recursos se iban agotando rápidamente, y cuando el mando reiteró la orden de resistir a toda costa porque llegarían socorros y Franco al frente, el jefe de los sitiados contestó: «Haremos cuanto podamos. Si viene Franco, aguantaremos hasta que llegue.» Franco estaba en la zona de Tetuán. Le ordenaron trasladarse a Melilla. El día 22 se encontraba ante Tifarutin. Mandaba la primera y la segunda banderas. Marchaba en vanguardia de una columna. El asalto comenzó con las primeras luces de la aurora y no terminó hasta las dos y media de la tarde. Franco trazó un movimiento envolvente, rebasó el flanco derecho del enemigo y tomó todas las posiciones que éste había organizado. Los sitiadores sufrieron 600 bajas. Tifarutin y Tizzi Assa fueron los dos fracasos más importantes de las cabilas que Abd-el-Krim sublevó contra el sultán y contra España. En las dos ocasiones resultó decisiva la intervención de Franco.

Como a esta acción siguieron unos días de relativo sosiego en los diversos frentes, el teniente coronel jefe de La Legión resolvió poner punto final al noviazgo con la señorita Polo y Martínez Valdés, fijando fecha próxima para la boda. Solicitó un breve permiso; se trasladó a Oviedo, y el 16 de octubre de 1923 se celebró la cere-

monia nupcial en la parroquia ovetense de San Juan. El general Losada, gobernador militar, representó a Don Alfonso XIII, padrino de los contrayentes. Viaje de novios, luna de miel, vacaciones... Todo había de llevarse a ritmo rápido, porque África continuaba reclamando a Franco. Acababan de presentarse delicadas situaciones. Algunas, especialmente críticas, tales, por ejemplo, las del río Lau y la de las vertientes de Tizzi Assa. Total: menos de un mes de descanso con motivo de la boda. Y de nuevo a Marruecos. Inmediatamente se repitieron las vivas pruebas de fuego. Descollaron las ocasionadas por el envío de convoyes a Tizzi Assa. No olvidemos que allí cayó Valenzuela. Las felicitaciones del Mando Superior llegaban frecuentemente al campamento de la Legión. La guerra de los convoyes había encontrado un jefe capaz de superarla, pese a ser agotadora.

LA SALVACION DE COBBA DARSA

El 6 de julio se ilustró la carrera militar de Franco con una nueva victoria: la liberación de Cobba Darsa. Al cuartel general tetuani habían llegado noticias inquietantes. La posición de Cobba Darsa se hallaba en peligro inminente. Sitiada por varios millares de cabileños, se habían frustrado diversos intentos de socorro, porque el fuego enemigo era intenso y bien dirigido. Unidades de buen entrenamiento para esta clase de operaciones tropezaban con dificultades para pasar rompiendo las líneas del cerco. Franco se hallaba en esos momentos operando hacia la cabila de Gomara. A su tienda de campaña llegó la orden de presentación en Tetuán, como tantas otras veces. Viajó a caballo durante toda la noche. El diálogo entre el jefe del Estado Mayor y el jefe de la Legión fue del aire siguiente:

—¿Cree usted posible, después de la información que acaba de recibir, la liberación de Cobba Darsa?

—La creo totalmente segura —contestó Franco.

—¿Qué haría falta?

—Libertad de acción y plenos poderes para llevar a cabo la operación tal como yo la concibo.

—Adelante.

—He de marchar inmediatamente a Uad Lau.

—En el río Martín encontrará un barco a su disposición.

Es pleno mediodía cuando explica en Uad Lau su plan de ataque. Cae el sol como plomo caliente. Abrasan sus rayos.

—¿A qué hora atacamos? —le pregunta uno de sus subordinados.

—Ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Con esta temperatura?

—Con esta temperatura y sin perder ni un minuto.

Las jarkas enemigas no podían imaginar que en aquellos momentos, pleno mediodía de fuego, se moviera ninguna de las columnas españolas. De ahí la sorpresa completa, que es siempre uno de los grandes secretos de las maniobras bien mandadas.

Ante el asalto inesperado, los sitiadores se desbandaron y Cobba Darsa fue liberada.